

EL REGADÍO

Adorada:

Te dejé... y aquí me tienes, en estos lares que fueron de mis antepasados; tostado el rostro al sol, descuidado el vestir, casta mi vida y sana, cansado el cuerpo de trabajo tanto por esos montes y aquellas sementeras, sintiendo bueno el espíritu en medio a la beatitud de la Naturaleza, pero picado a diario en sueños y en meditaciones por la añoranza de tu persona.

La dicha sería completa si al mirar yo mis campos y mandar a mis labriegos, oyera tu voz a mi vera, o si al retorno del campo, en el portalón de esta casona, “la doble senda perfumada de tus brazos me diera la bienvenida”.

Mis costumbres son éstas: me levanto un poquillo después que el sol, dado que por las noches, el libro, mi mejor amigo, no me deja dormir presto; en una gran tina de palo, factura de un artesano regional y con agua fría del manantial cercano al regato, me baño aceleradamente. ¡Qué frescura después y qué ligereza; qué sanos sentires y qué buenos pensares! A esa hora recuerdo más de mis padres amados, con agradecida veneración, por haberme dado vida tan fuerte y solar tan bello donde pasarla. Y soy más tuyo, y afiánzase de mí esta idea terca y misericordiosa: traerte conmigo para siempre, a esta tierra bendita, donde nacerían nuestros hijos...

Después, en este comedor que mira al monte, al río, a la vega, y al peñascal lejano y desde el cual te escribo, saboreo desayuno delicioso: leche recién ordeñada, tan espesa, que se unta como aceite en el vaso cristalino, y un chocolate aromoso, digno de un arzobispo; pan de horno casero, a pasto, y como estrambote de tan rico aliento, una alta copa de agua limpiísima y fresca como las maña-

nas de estos contornos. Oportunamente listo tiéneme Fermín, mi mozo de estribo, el alazán que habrá de llevarme al campo. Cálzome las espuelas, recojo y tanteo mi vara flexible y larga, monto ágilmente "al salir" de mi caballo, doy postreras órdenes a la gente de la era, y picando al bruto los ijares con mis espuelas de Amozoc, al campo enderezo mi cabalgadura, en fiel compañía del criado y del mayordomo del administrador, que habrán de darme cuenta y razón de los quehaceres de las fincas.

Por este tiempo, Clara, la campiña está triste, sufre de sed y de frío. Las milpas sí que se miran hermosas en su majestuosa soledad. Los trigales levantan apenas una cuarta del suelo; sus penachos esmeraldinos, al impulso de los vientos, ya dan el claro obscuro de las vegas a los reflejos del sol. Las tierras que han de sembrarse de maíz se están regando.

¿Tú no has visto, reina, el riego en las labores?

¡Cosa más sugestiva y bella!...

Viene el agua de la presa por su canal largo, muy largo y estrecho, y, tras mucho caminar lentamente, lentamente (que remoja primero la tierra toda del cauce), llega como cansada y melancólica a la orilla de las milpas, cubierta la faz de lamas, pajas y guijarros. Allí la espera el regador, azadón al hombro, pie descalzo y calzón remangado; cuando llega y surge a la libertad parece como si volviera a la vida; salta y se desliza, corre y bulle alegremente, riendo entre los terrones, escurriéndose por los agujeros de la tierra, burlando los obstáculos que le oponen las piedras, mojándolo todo, empapándolo todo y perdiéndose al fin en el seno de la Madre Naturaleza. Allá va a morir, para vivificar el grano que la espera con ansias de prolífica fecundación.

El regador debe ser ducho y diligente en regadío, porque si no, el agua lo burla y se le va, se le esconde por donde puede, y a veces, victoriosa, torna al río para arribar al mar. Debe cuidarla, seguirla, acecharla, atajarla, para dirigir su corriente por donde habrá de mojar la sementera. En ciertos lugares debe pasar con ligereza; en otros, secos, deberá encharcarse; en los más, extenderse parejamente. Y el regador tiene por eso que conocer sabiamente los secretos del barbecho y las veleidades del agua.

Es preciso que madrugue para soltar el agua en la presa y que, a las veces, la vigile por la noche, y que a todas horas sus ojos

avizores estén pendientes de aquella linfa que corre siempre, siempre, que brinca y se revuelve, buscando las laderas y los tajos.

Claro es que sin amor a la tierra no se la riega bien. Querrela es lo primero; haberla pisado en la infancia, laborado en la juventud, hollado siempre. . .

Los regadores de corazón, felices se sienten cuando tras largo y fuerte bregar, al sol las espaldas rendidas de cansera y en el agua los pies, maculados por las asperezas de la tierra, contemplan, tendiendo cerca y lejos su mirar, negro el barbecho y esponjoso por la humedad, que ha empapado la tierra toda con la bendita agua de la reproducción.

Yo he pasado, Clara mía, las horas muertas mirando el regadío, con los ojos fijos en las aguas que llegan y se pierden o se van. . . Con razón Víctor Hugo decía que sus más bellos entretenimientos eran ver jugar a los niños y mirar correr el agua.

Además, algo de atávica afición muéveme a deleitarme en estas cosas. Cuéntanme que una mañana olvidó mi padre regresar a comer a la hacienda, tan sólo por estar mirando a sus peones regar la tierra.

Como hipnotizado estaba, con la vista al suelo, cuando llegaron a buscarlo, temiendo una desgracia. En el campo no hay labor más hermosa que la del regadío, decía mi padre. . .

Y es verdad, Clara; pero me faltas tú, para mirar contigo las cosas bellas, que la Naturaleza siéntese más espléndida si las manos de la amada señalan los parajes de encantos, y su acento caricioso los diviniza con sus elogios.

Te añoro y te deseo, y hasta jurar podría que el monte murmura tu nombre, el río lo canta, y esta vetusta casa de mis mayores presiente tu llegada.

Beso tu alma.

(*La Tristeza del Amo*, Madrid, 1916)